

El incendio se extiende a Egipto

[Angel Saldomando](#) | 1/2/2011



Aun se escucha el crepitar del incendio en Túnez cuando los vientos democráticos transportan las chispas y se enciende otra hoguera en Egipto. Rara vez en la historia se producen tales aceleraciones.

Desde que se iniciara la era de las revoluciones modernas con la revolución francesa en 1789, siempre se ha temido el efecto de contagio, llamado también efecto dominó. Es decir un encadenamiento de situaciones que se suceden alimentándose unas a otras.

El fin del simulacro

La revolución francesa puso a temblar a todas las monarquías europeas y luego durante cincuenta años alimentó el imaginario del cambio social democrático en Europa. Pero no logró extenderse. La revolución rusa de 1917, puso a temblar a las potencias capitalistas pero terminó encerrada en su país y se extendió sólo a causa de la segunda guerra mundial y la creación de un área de control geopolítico por parte de la unión soviética. La revolución cubana que tanto preocupó a los norteamericanos por su efecto de contagio, no prendió en América Latina, aunque su contención implicó dictaduras de larga extensión.

La caída contemporánea del Sha en Irán, Somoza en Nicaragua y Marcos en Filipinas dio lugar a lo que se llamó luego la ola democrática y que se extendió lentamente por América Latina en los años ochenta y noventa del siglo pasado. Aunque los resultados fueron muy diversos, la tendencia se impuso a valorar la democracia por encima de cualquier otro régimen político. La caída del muro de Berlín en 1989 y de la Unión Soviética, con su efecto expansivo en Europa del este simbolizó a su vez esta tendencia universal, de la que no se han salvado regímenes africanos u asiáticos.

Ahora el régimen político que pretenda convertirse o mantenerse en dictadura no cuenta con la justificación geopolítica, en que las potencias podían decir: el enemigo de mi enemigo es mi amigo aunque sea un bastardo...Y de alguna manera eso regímenes deben inventar un simulacro de elecciones y una vitrina de normalidad con instituciones respondiendo a parámetros de estado de derecho. Pero basta que el simulacro se interrumpa y la garra rompe el guante de seda y queda expuesta.

Egipto más que Túnez es un exponente casi caricatural de regímenes autoritarios en los nuevos tiempos. Osni Mubarak con más de 30 años en el poder supo jugar todos los juegos que le mantuvieron en él. Mubarak principal aliado de Estado Unidos, con más de 1,300 millones de dólares en ayuda militar anual, ha sido un pilar del triángulo de estabilización de la región, ha sido el único régimen árabe que firmó la paz con Israel.

Casi con los mismos pretextos que Ben Ali en Túnez se ganó las manos libres para instaurar un régimen corrupto y policíaco con el apoyo del ejército y que sin embargo organizaba elecciones y daba apariencia de tener institucionalidad. Pero el simulacro se acabó.

La movilización social en Egipto de todas las categorías, en una semana dejó el régimen al desnudo. Y al igual que en 1789 basta de una frase: “la nación somos nosotros” con la fuerza de una sociedad movilizadada, para que la usurpación del poder quede expuesta sin disfraz, religioso, geopolítico, ideológico o de cualquier otra especie.

La democracia sigue siendo revolucionaria

Detrás de estos conflictos en torno a la dictadura y la democracia reside casi toda la acción y la teoría política de la modernidad. La base de un sistema político, radicada en la soberanía popular, los derechos y el pluralismo o por el contrario basado en el autoritarismo es el dilema de toda sociedad que debe canalizar el disenso, el conflicto frente a diversos grupos sociales que reivindican derechos y oportunidades. Cuando estos últimos son negados o escasos, la democracia es y sigue siendo una idea revolucionaria, cuya realización puede que tenga variables de tiempo, lugar y circunstancias, pero que constituye la única vía de una mejora de la sociedad a través de la política.

Los acontecimientos de Túnez y Egipto señalan una oportunidad histórica en esa región del planeta, como lo fue la crisis regional en Centroamérica en los 80 y la democratización en América Latina. Los poderes constituidos solidarios con el estatus quo están inquietos, la potencia de la calle rompe el esquema de arreglos en la sombra. Grupos económicos, militares y aparatos político quedan en el aire intentando domar la revuelta, ganando tiempo para tener interlocutores con quien negociar e instaurar una transición que salve los arreglos y los negocios. Ese es un esquema conocido, pero si se acelera la historia y se produce la huida del hasta poco líder, queda un vacío de poder que se va en helicóptero como de la Rúa en Argentina el 2001 o Ben Ali en 2010.

Y la solución mágica hasta ese momento aparece como la más natural del mundo, hace falta refundar la legalidad y legitimidad del poder, es decir elecciones creíbles para la sociedad y constitución que regule el poder. Tardíamente Mubarak prometió revisar los resultados de las elecciones pasadas para darle lugar a la oposición y Ben Ali prometió una transición democrática.

Tanta sangre y tiempo para desempolvar la democracia.